

le convenga tener aquí una fonda, á mi no me acomoda más que pasturas.

Gil Gómez iba tal vez á observar que se habría debido bonnar el letrero para evitar equívocos; pero reflexionó que en las circunstancias en que se hallaba debía procurar no atraerse la enemistad del huésped, al menos, ya que no había podido atraerse su amistad, de manera que sólo dijo con tono humilde:

—¡Está bien! pero Ud. me hará favor de darme alguna cosa de su comida, porque hace veinticuatro horas que no pruebo alimento, habiendo atravesado todo el día llamas desiertas.

—Pues tengo que desairar á Ud. porque el sacerdote que ha llegado hace media hora, me ha hecho la misma súplica, y le he dado cuanto había reservado para mi cena.

—¡Maldito fraile! dijo Gil Gómez exasperado al ver cerrado por aquel enemigo invisible el único puerto de esperanza que le quedaba.

—¡Silencio, joven libertino! gritó el posadero insolentado al ver el aspecto humilde y catadura pacífica que el viajero había tomado para congraciarse con él.

Gil Gómez sintió hervir su sangre á este grito insultante y altanero, y sacudiendo fuertemente el brazo del posadero, que se sentía apretar por una tenaza

de fierro, con su mano izquierda; mientras que con la derecha se apoyaba sobre el puño de su espada, le dijo con acento reconcentrado de desprecio:

—¡Insolente! si vuelves á levantar la voz para mí, tendrás que arrepentirte muy de veras; quítate de mi presencia y haz cuidar de mi caballo y disponer mi cuarto.

A este acento y á esta amenaza, el posadero cambió como por encanto; bajó la cabeza y fué á ejecutar lo que se le había mandado.

Gil Gómez comprendió que al romper con el posadero, no le quedaba ya más puerto de salvación, para satisfacer su apetito, que la clemencia de su desconocido enemigo el sacerdote, y tomada su resolución por esta parte, preguntó á un criado que atravesaba el patio, conduciendo un caballo, que aunque de mal aspecto á primera vista, desde luego pareció al joven, que era una autoridad en esta materia, un excelente y fuerte animal para el camino:

—¿A quién pertenece ese magnífico animal?

—Al señor sacerdote que se ha alojado en el número cuatro, respondió el criado, admirado que alguno pudiese llamar á aquella cabalgadura de tan ruin aspecto, con el título de "magnífico animal."

—Con ese caballo podría uno atravesar

toda la Nueva España, y su dueño no sabe lo que tiene, pensó Gil Gómez, y después de haber permanecido un momento silencioso, como si fraguase algún plan atrevido, se dirigió al cuarto número 4 que le habían designado como habitación del digno sacerdote, y llamó tímidamente á la puerta.

—¡Adentro! dijo una voz destemplada y vinosa.

—Gil Gómez abrió la puerta y se encontró frente á frente de un frailecito rechoncho y colorado, de ojillos pequeños y vivarachos, de frente estrecha, y que vestía el traje de los viandantes de la orden de San Francisco; estaba sentado á una mesa, encima de la cual se veían algunos platos con alimentos, una torre verdadera de "tortillas" y un vaso enorme de color verde, que aunque debía haber estado lleno de pulque, ahora sólo lo estaba en la cuarta parte, merced á las libaciones del frailecico.

Gil Gómez saludó cortesmente al reverendo, tomando el aspecto más compungido y más mustio que pudo.

—Buenas tardes, amiguito, ¿qué se ofrece? preguntó el frailecito después de haber alzado sus ojos para ver á Gil Gómez, y vuelto á bajarlos para continuar comiendo, ó más bien, devorando lo que tenía delante.

—Como su paternidad y yo somos, se-

gún parece, los únicos huéspedes que debemos alojarnos esta noche en la venta, he pasado á visitarle y á gozar un rato de su conversación, respondió el hambriento viajero, admirado de ver desaparecer como por encanto la torre de "tortillas;" quedando ya casi reducida á sus cimientos.

—Bueno! bueno! pues siéntese Ud. y hablaremos.

—Buen apetito! según parece, continuó el joven, viendo que si no se apresuraba, iban á salir fallidas las esperanzas que había concebido.

—Oh! sí, con razón, como que hace día y medio que no he probado bocado, dijo el sacerdote hablando con dificultad, porque tenía la boca llena.

Gil Gómez iba tal vez á desmentirle; pero consideró que en vez de perder un tiempo precioso en inútiles discusiones, debía lo más pronto posible ganarse la voluntad de su paternidad, y se limitó á decir tímidamente:

—Yo también, hace veinticuatro horas que no como.

—Ah! sí, ya comprendo; ha hecho Ud. que le sirvan su comida en mi cuarto, para que comamos juntos y al par conversemos. Bien hecho, perfectamente, á mí me gusta la sociedad.

—Nada de eso, señor, nada de eso, porque en toda la venta no se encuentra

más comida que la que su reverencia tiene delante.

—¡Oh! sí, estos caminos son malísimos, y estas posadas muy inclementes; le aseguro á Ud., amiguito, que en los ocho días que hace que me ausenté de mi convento, he pasado unos trabajos, que sólo puedo sufrir esperando que Su Santísima Majestad me los tenga en cuenta, dijo el fraile, alzando hipócritamente los ojos al cielo, á tiempo que engullía un enorme bocado, con que cualquier otro que aquel insaciable gastrónomo se habría satisfecho muy regularmente.

Gil Gómez sintió impulsos de arrojarle sobre el fraile que tan hipócritamente mentía y que á pesar de haber comido perfectamente ahora y en la mañana, se negaba á participarle de una pequeña cantidad de alimento con que el joven habría satisfecho la imperiosa necesidad que lo devoraba; pero pudo contenerse y decir:

—El convento ha hecho muy bien en elegir para sus negocios á una persona tan digna como su paternidad, que lleva por norma la caridad que se encierra en esas hermosas palabras de las obras de misericordia: "Dar de comer al hambriento."

Esta vez el tiro era demasiado certero.

—En efecto, "amarás al prójimo como á ti mismo," dijo el padrecito recalcando

la pronunciación sobre las dos últimas expresiones, y sin dejar un momento de engullir. Siempre he llevado yo por norma esas expresiones de los mandamientos de la Ley de Dios.

Gil Gómez conoció que por aquellas indirectas tan directas no podía sacar ningún partido del franciscano, y se dió prisa á declarar resueltamente su intención, porque nada más quedaban dos platos, que aunque podrían muy pasablemente haber satisfecho el hambre de cuatro personas racionales, no podían, sin embargo, parecer gran cosa al ruin y engullidor franciscano; de manera que dijo:

—Pero ¿no podría su reverencia darme aunque sea una tortilla, unas cucharadas de ese inmenso plato de frijoles y un poco de ese mole con que ahora se está deleitando?

—Parco es Ud. en el pedir, caballero; pero con sentimiento le digo que como yo soy hombre que viajo, por la voluntad de Dios y para el bien de los pecadores, necesito conservar mi salud, que con nada se altera más que con la falta de alimento, y como probablemente voy á dejar de comer otro día y medio, como ahora me ha sucedido, quiero de una vez prevenirme para todo ese tiempo.

Y al decir estas palabras, el padre pa-
Gil Gómez.—13

saba limpio ya el plato del mole, preparándose á engullir con la misma precipitación el último que quedaba de los cuatro.

Gil Gómez sintió un movimiento de profundo desprecio hacia aquel hombre que se negaba á hacer lo que él y cualquier otro habrían hecho en circunstancias semejantes; pensó que en la mañana había hecho, aunque sin saberlo, lo mismo, y un pensamiento de violencia cruzó por su imaginación exaltada por el hambre. Era más fuerte, tenía justicia, estaba en una pieza encerrado con el franciscano y podía obligarle por la fuerza á ejecutar lo que debía haber hecho por la caridad y el derecho de gentes; pero él era grande y generoso, y hubiera puesto en práctica su pensamiento, sólo con un hombre más fuerte que él, y no con aquel endeble é inofensivo fraile; así es que desechó sus ideas siniestras y determinó tomar una venganza de igual especie que el pequeño mal que se le había hecho, y ¡cosa rara! para ponerla en ejecución pensó en el magnífico, aunque de ruin aspecto, caballo de su enemigo, que él, en calidad de buen conocedor, había calificado á primera vista de excelente para correr sin fatigarse, que era lo que necesitaba, para lo cual le era completamente inútil su caballo ciego, que además de exponerlo á mil peligros,

había podido correr sólo el primer día, gracias al reposo en que hacía un mes estaba; pero que al día siguiente se negaría á galopar una sola hora.

Esta lucha y este plan que se forjó en su imaginación le tuvo absorto cerca de cinco minutos, tiempo durante el cual, el padrecito hizo pasar al inmenso abismo de su estómago hasta el último fragmento de comida, dejando los platos tan limpios que ya no tenían necesidad de ser lavados.

—¡Vamos! ¿por qué está Ud. tan triste? dijo éste mirando á Gil Gómez con ojos medio dormidos, merced al inmenso vaso de pulque, cuyos vapores comenzaban á subir á su cerebro desde su estómago.

—Es que aun tenía yo que pedir á su reverencia otro favor; pero no me atrevo.... dijo el joyen tomando el aire más cándido que pudo.

—A ver, diga Ud.; si es posible....

—He visto el caballo de su paternidad y....

—¡Ah! sí, un caballejo que he comprado ayer en un mesón y que no sabe más que ir á galope todo el día, tan feo como tan manso.

—Es, que con todo y eso puede tener admiradores, observó tímidamente Gil Gómez.

—Pues no sé cómo sea, ni quién...

—Yo, por ejemplo.

—¿Es posible... Ud.?

—Señor, le diré á su Reverencia con franqueza lo que hay. Yo soy un joven á quien envían sus padres al colegio; pero como siempre he vivido en la ciudad y jamás he caminado, no sé absolutamente montar á caballo, y por consiguiente, he venido con mucho miedo por todo el camino, porque el caballo que me dieron mis padres es el mejor de su hacienda, y está valuado en trescientos pesos, ya se figurará su paternidad qué clase de animal será; él por otra parte parece bastante dócil á la rienda; pero yo, sin embargo, prefiero tener uno mansito, aunque sea feo, y le propongo á su paternidad un cambio.

—Pero yo no conozco al animal, ni lo he visto andar, dijo el franciscano, procurando disimular la codicia que sentía de poseer aquel caballo, que valía trescientos pesos.

—Si su Reverencia quiere pasar á la cuadra para que lo veamos..., dijo Gil Gómez.

—Vamos, continuó el franciscano.

Y los dos salieron de la pieza, dirigiéndose á la cuadra. Ya era completamente de noche, de manera que pidieron un farol para alumbrarse por el obscuro corral y poder reconocer al famoso animal. Gil Gómez le ensilló y le montó lo más tor-

pemente que pudo, á fin de hacer creer al religioso lo que acerca de su habilidad en equitación le acababa de decir; después tomando el farol, anduvo por toda la extensión de la caballeriza, teniendo buen cuidado de alzarle la rienda, á fin de que tomara un paso airoso y sin tropiezos.

El franciscano, que contempló aquel animal de tan bellas formas, de tan hermoso color, de tan nobles movimientos y de tan gallardo andar, no pudo menos de felicitarse interiormente de la casualidad que le había hecho encontrar un colegial, que tal vez con una friolera de ribete le cambiaría por el suyo indudablemente inferior.

—¿Qué tal? dijo Gil Gómez, que, al descuido, había observado los menores movimientos del franciscano.

—No es muy bueno el animal; pero sin embargo, haremos trato; ¿cuáles son las condiciones?

—El caballo de su paternidad y cien pesos de ribete, dijo el joven.

—Ya es mío ese magnífico animal, de á trescientos pesos, y he ganado ciento cincuenta lo menos; porque mañana mismo lo vendo en la primera parte que se me proporcione, pues en cualquier mesón me lo compran por ese precio, estoy seguro,—pensó para sus adentros el franciscano.

—¡Ah! pícaro fraile, ya caíste, y aunque me ofrezcas la mitad, siempre habré ganado cincuenta pesos, que tú habrás perdido en unión de tu caballo, porque mañana ó pasado tendrás que dejar en el primer mesón ese inútil mueble, pensó á su vez Gil Gómez.

El franciscano para disimular su alegría tomó el farol y reconoció, según es costumbre, el colmillo; pero se pudo alegrar más, porque estaba mirando que era joven, demasiado joven todavía.

—¿Se resuelve por fin su Reverencia? preguntó el primero Gil Gómez.

—Es demasiado caro, porque es mucho lo que quiere Ud. de ribete.

—¡Ah! pues entonces no hablemos más, dijo el joven descontento y volviendo las espaldas.

—No, no, aguarde Ud.; veremos si siempre nos arreglamos, daré cincuenta pesos y mi caballo.

—Es muy poco.

—Sesenta.

—Todavía es poco.

—Setenta.

Gil Gómez pareció ablandarse.

—Aumente otro poco su paternidad y queda cerrado el trato.

—Vaya, setenta y cinco, dijo el franciscano, que sentía renacer la alegría que por un momento había perdido, al sentir

que se le escapaba de las manos negocio tan productivo.

—Pues de una vez ochenta, y no hablemos más, dijo Gil Gómez.

—Vaya los ochenta, murmuró contentísimo el padrecito.

Y después de haber dado orden á su criado, el franciscano, con un tono casi burlesco, que pusiera á disposición de Gil Gómez su caballo y que cuidase del que acababa de venderle, los dos se dirigieron al despacho del posadero, á fin de extender y recoger mutuamente un contrato del cambio.

—¿A qué hora parte mañana su Reverencia? preguntó el joven.

—¡Oh! no soy muy madrugador, porque mi salud se quebranta, de manera que saldré á las ocho de esta posada, respondió el alegre frailecito.

—Pues siento no acompañar á su paternidad, porque debo partir á las seis cuando más tarde.

—Pues entonces vamos de una vez á mi cuarto para que le entregue á Ud. su dinero.

—Vamos.

Y los dos se dirigieron al cuarto, donde el franciscano contó al joven ochenta pesos en oro y plata que extrajo de un cinto que debajo de los hábitos llevaba.

—Pues ahora, ¡buenas noches! mi pa-

dre, dijo Gil Gómez besando con hipocresía la mano del franciscano.

—Adiós, hijo, respondió éste con tono burlesco.

—Tonto muchacho, has vendido tu caballo de á trescientos pesos en menos de cien, porque el que llevas no vale ni treinta, pensó uno cuando el otro hubo salido.

—Bribón fraile, me has pagado el mal rato y el hambre que me has hecho sufrir, en más de cien pesos, porque dentro de dos ó tres días, no te dan por la maula que llevas ni veinte, pensó á su vez el otro cuando se encontró fuera del cuarto.

Gil Gómez corrió á su aposento, guardó cuidadosamente su dinero en su maleta, después se dirigió á la cocina, consiguió con mil trabajos un pedazo de pan y una taza de pésimo y negruzco chocolate, con el que apenas satisfizo el hambre que le devoraba; pagó al huésped adelantado el precio del cuarto y de la pastura de su nuevo caballo, al que hizo dar un buen pienso y se tendió sobre el durísimo y estrecho jergón que habían bautizado con el nombre de colchón, adonde no tardó en dormirse profundamente.

A las cuatro de la mañana se levantó, ensilló su nueva cabalgadura, atándole á la grupa su maleta, y la sacó en silencio al camino.

—Pícaro fraile, tú debes partir hasta las ocho, y por consiguiente, te llevo cuatro horas de ventaja; cuando conozcas el chasco que te he pegado, ya será demasiado tarde, dijo Gil Gómez lanzando su caballo á galope.

A las diez almorzaba perfectamente en un mesón del camino real, desquitándose del hambre del día anterior, y al despedirse, preguntaba á la posadera:

—¿No ha pasado por aquí un joven alto, pálido que monta un caballo negro?

—Aquí ha dormido cabalmente esta noche; pero ha partido al amanecer, le respondieron.

—Está bueno, tú también me llevas cuatro horas de ventaja; pero con este ligero caballo hoy mismo me uniré contigo, hermano mío, pensó Gil Gómez.

Y de nuevo lanzó su caballo al galope, siguiendo la dirección del camino real.

